

jos de negarles el derecho de propiedad. Pero considera, realistamente, que esa propiedad también da derechos al Estado paraguayo por tratarse de riquezas naturales. Y en este sentido iniciará una obra de rescate gradual.

Mi impresión personal es que los yerbales, donde todo el trabajo consiste en recoger la sabrosa y apreciada yerba mate, volverán al dominio del Estado. Sólo en esa forma podrá el Estado paraguayo disponer de recursos para realizar sus planes.

Es ridículo predecir el porvenir. Toda suerte de factores puede desviar el curso de una revolución. Pero es evidente que la sinceridad de los revolucionarios, del coronel Franco o de Anselmo Jover Peralta por ejemplo, y las propias necesidades económicas del Estado, son garantía de que la revolución seguirá su camino nacionalista con paso prudente y seguro. A estas garantías se agregará la constitución de un Partido que aportará fuerzas sociales nítidas como son campesinos, obreros, estudiantes, clases medias. Y la elaboración de una doctrina que interprete estas necesidades y su táctica pertinente.

Paraguay, asolado por la guerra, con su enorme peso de victorioso, empobrecido y exhausto, no podría vivir si no rescata sus fuentes de riqueza. He ahí el imperativo realista. Todas las demás interpretaciones son filfa libresca. Por eso también—por el realismo—la doctrina aprista ha sido tan bien recibida en Paraguay.

Buenos Aires, abril de 1936.

POPLINES INGLESES
PIJAMAS
CORBATAS

ARTICULOS PARA CABALLERO,
ESPECIALIDAD DE

“LA GLORIA”

E. Crespo & Cia.

Avenida Central -- SAN JOSE, COSTA RICA

Pacheco

Por MARIO FERNANDEZ CALLEJAS

(De su libro "Lepislázuli". — Capítulo del joven escritor costarricense que vale la pena reproducir.)

Hay en ciertas obras literarias tipos transcritos de la realidad, a los cuales vemos constantemente por esas calles de Dios; y solemos a veces, ¡cosa triste!, darnos de manos a boca con ellos.

Desde luego, para reconocerse en el tinglado de Lesage, en esa gran obra francesa hurtada a la Literatura Castellana, el Gil Blas; o mirar con cariño el abdomen de Sancho como el nuestro, se necesita ser el más sincero discípulo de Sócrates. El calvo de Atenas resumía su filosofía en una fórmula casi imposible: ¡Conócete a tí mismo! Se requiere, pues, conocerse para descubrirse en esos libros-espejos; y, ¿quién se conoce? Yo, al menos, no conozco a nadie que se conozca.

Muchos son los robos de tipos, hechos a la vida, por el escritor, para trasladarlos al papel; pero ninguno es tan real, humano y fácil de encontrar en la familia, la calle, el café, en los altos puestos, sobre todo, como el bueno y genial don José Alves Pacheco, creado con la sonrisa en los labios y la pluma mojada en hiel por el lusitano que disputa a Figaro, en la península ibérica, el pedestal de máximo ironista del siglo XIX: Eca de Queiroz.

Este personaje, latigazo asestado por Fradique Méndez en pleno rostro a la humanidad, atravesó la vida con planta segura sobre "eminencias sociales", nimbada la testa de gloria y en estrecho maridaje con el buen éxito. Jamás solicitó un puesto; los más elevados venían solitos a ofrecérsele. Y los ocupó todos: desde senador hasta aquellos que necesitan para ser escritos una frase larga, cuajada de mayúsculas. Mientras paseó por la tierra su gruesa figura, vió a sus pies al país contemplándolo con unción religiosa y asombro, al par que a los partidos políticos disputándose para contarlos en sus filas. Portugal se llenó de él y él llenó a Portugal; y cuando, al fin, tuvo la mala ocurrencia de morir, a los periódicos, convertidos en plañideras, les faltó tinta para lamentar su muerte; a la gramática, adjetivos encomiásticos; y, la nación en pleno, convertida en un sollozante gemido, mandó a esculpir en su lujoso mausoleo una estatua de Portugal llorando al genio.

Sin género de duda preguntará, lector amable: ¿qué hizo?, ¿qué obras magnas o ideas geniales dejó de herencia a la posteridad ese don José Alves, que tanto ruido metió en la patria del fado y fué brillante planeta alrededor del cual giraron hombres y cosas a manera de satélites?

Acerca tu oído a mi labio, pues necesito decirte un secreto, chisme de Fradique: don José Alves Pacheco, Presidente del Consejo de Ministros, senador, director de bancos, etc., "no legó a su país ni una obra, fundación, ni idea, ni hizo nada"; fué superior a los demás únicamente porque tenía "un inmenso talento".

Y voy a referirte cómo vió la luz este Himalaya cerebral: una mañana igual a otra cualquiera, este sujeto de continente grave, paso mesurado y anteojos relucientes, aseguró en un aula de la Universidad de Coímbra, en tono doctoral, que el "siglo XIX era un siglo de progreso y luz". Sus compañeros de curso, que